

HISTORIA DE JONÁS “JUSTICIA RELIGIOSA” “JUSTICIA DE DIOS”

El Señor dirigió su palabra a Jonás, hijo de Amitay, y le dijo:

-levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y pronuncia un oráculo contra ella pues su maldad ha llegado hasta mí.

Jonás se levantó, pero dispuesto a huir a Tarsis, lejos del Señor. Bajó a Jafa, encontró un barco que zarpaba para Tarsis, pagó su peaje y se embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos del Señor. Pero el Señor desencadenó un viento huracanado sobre el mar y originó una borrasca tan violenta que parecía que el barco estaba a punto de partirse. Los marineros, aterrados, invocaron cada uno a su dios; luego arrojaron al mar la carga para aligerar el peso. Sólo Jonás, que había bajado a la bodega del barco estaba acostado y dormía profundamente. El capitán se acercó a él y le dijo:

-¿Qué haces aquí durmiendo? Levántate e invoca a tu Dios, a ver si ese Dios se ocupa de nosotros y no perecemos.

Después se dijeron unos a otros: “Vamos a echar a suertes para ver quién es culpable de este mal”. Echaron a suertes, y le tocó a Jonás.

Entonces le preguntaron:

Dinos por qué nos sucede ésto, ¿Cuál es tu profesión? ¿De dónde vienes? ¿Cuál es tu país? ¿De qué pueblo eres?

Jonás respondió:

-Soy hebreo y adoro al Señor, Dios del cielo, que ha hecho el mar y la tierra.

Aquellos hombres se llenaron de miedo y le dijeron:

-¿Por qué has hecho ésto? (Pues por su relato sabían ya que huía de la presencia del Señor). ¿Qué hemos de hacer contigo ara que se calme el mar? (Pues el mar se embravecía cada vez más).

El contestó:

-Agarradme y tiradme al mar, y éste se aplacará, porque sé que esta borrasca os ha sobrevenido por mi culpa.

Los hombres remaron tratando de llegar a la costa, pero no lo lograron, porque el mar seguía

encrespándose. Entonces invocaron al Señor:

-Oh Señor, haz que no perezamos por culpa de este hombre, no nos hagas responder de la muerte de un inocente, ya que esto sucede según tus designios.

Luego agarraron a Jonás y lo tiraron al mar, y el mar calmó su furia. Aquellos hombres, llenos de un gran temor hacia el Señor, le ofrecieron un sacrificio y le hicieron promesas.

El Señor hizo que un gran pez se tragase a Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches. Desde las entrañas del pez, Jonás oró así al Señor su Dios:

Grité al Señor en mi angustia, y él me respondió; desde el vientre del abismo pedí auxilio, y escuchaste mi voz. Me habías arrojado en lo más profundo del mar; me arrastraba la corriente, todo tu oleaje me envolvía. Yo dije: “Me has arrojado de tu presencia.

¿Cómo podré volver a contemplar tu santo templo?” Las aguas me apretaban hasta ahogarme, el abismo me envolvía, las algas se enredaban en mi cabeza. Me hundí hasta los cimientos de los montes, hasta el país donde son eternos los cerros. Pero tú sacaste mi vida de la fosa, Señor, Dios mío. Cuando mi alma se hundía, me acordé del Señor, y mi corazón llegó hasta ti, hasta tu santo templo. ¡Los que adoran los ídolos vacíos abandonan al Dios que los ama. Yo, en cambio, te alabaré, te ofreceré sacrificios, y cumpliré las promesas que te hice. ¡Del Señor viene la salvación!

Entonces el Señor dio orden al pez, y al punto el pez vomitó a Jonás en tierra firme.

Por segunda vez el Señor se dirigió a Jonás y le dijo:

- Levántate, vete a Nínive, la gran ciudad, y proclama allí lo que yo te diré.

Jonás se levantó y partió para Nínive, según la orden del Señor. Nínive era una ciudad grandísima; se

necesitaban tres días para recorrerla. Jonás se fue adentrando en la ciudad y proclamó durante un día entero: “Dentro de cuarenta días Nínive será destruida”.

Los ninivitas creyeron en Dios: Promulgaron un ayuno y todos, grandes y pequeños, se vistieron de sayal. También el rey de Nínive, al enterarse, se levantó de su trono, se quitó el manto, se vistió de sayal y se sentó en el suelo. Luego mandó pregonar en Nínive este bando: “Por orden del rey y sus ministros, que hombres y bestias, ganado mayor y menor, no prueben bocado, ni pasten ni beban agua. Que se vistan de sayal, clamen a Dios con fuerza, y que todos se conviertan de su mala conducta y de sus violentas acciones. Quizás Dios se retracte, se arrepienta y se calme del ardor de su ira, de suerte que no perezamos.

Al ver Dios lo que hacían y cómo se habían convertido, se arrepintió y no llevó a cabo el castigo con que los había amenazado.

Jonás se sintió muy contrariado, se enfadó y se encaró con el Señor diciendo:

-Ah, Señor, ya lo decía yo cuando todavía estaba en mi tierra. Por algo me apresuré a ir a Tarsis. Porque sé que eres un Dios clemente, compasivo, paciente y misericordioso, que te arrepientes del mal. Así que ya puedes, Señor, quitarme la vida, porque prefiero a seguir viviendo.

El Señor le respondió:
-¿Te parece bien enfadarte de esta manera?

Jonás salió de la ciudad y se instaló el oriente de la misma; levantó una choza y se sentó a su sombra, para ver qué suerte corría la ciudad. El Señor hizo que creciera una planta de ricino por encima de la cabeza de Jonás para darle sombra y librarlo de su enojo. Y en efecto, el ricino llenó de alegría a Jonás. Pero al día siguiente, al rayar el alba, Dios mandó un gusano, que dañó el ricino, y éste se secó.

Al salir el sol, Dios envió un viento solano abrasador. El sol caía sobre la cabeza de Jonás y, a punto de desvanecerse, se deseó la muerte diciendo:

-Prefiero morir a seguir con vida.

Entonces Dios le dijo:
-¿Te parece bien enfadarte hasta la muerte.

El Señor replicó:

-Tú sientes compasión de un ricino que tú no has hecho crecer, que en una noche brotó y en una noche pereció, ¿y no voy a tener yo compasión de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veintemil personas que aún no distinguen entre el bien y el mal, y una gran cantidad de animales?